

EL ARRUINADO



Margarita María Niño Torres

Novela sobre la buena suerte que no se espera y
la ruina que llega sin avisar

EL ARRUINADO

ÍNDICE

Introducción	3
Nuevos vecinos	4
Dos familias Pérez	9
Una relación laboral	16
El heredero	18
Amistad y trabajo	24
Volver a las raíces	30
Un final apenas lógico	32
Epílogo	36

Introducción

Cuando un golpe de suerte llega a un pobre y de la noche a la mañana lo convierte en rico, el resultado es impredecible. Sin embargo, tras el análisis de algunos casos conocidos, mis cortas estadísticas me han mostrado que en general esa 'buena suerte' se convierte en una 'muy mala suerte' y el afortunado termina en peores condiciones que las anteriores a su prosperidad, a menos que sea capaz de pisar las ruinas del castillo de arena que se le derrumba y volver a sus quehaceres y costumbres del tiempo de las 'vacas flacas' con una mirada mucho más sabia y prudente.

Esta historia se parece sin duda, en todo o en parte, a alguna o algunas que el lector ha conocido. Los personajes y la trama son todos fruto de la imaginación de la autora, pero la realidad se empeña en formar parte de esas vidas inventadas.

Quiero compartir contigo, paciente lector, este forcejeo que siempre lucha en mi mente cuando mis personajes no se someten al destino que quiero darles, sino que se imponen sobre mis dedos para teclear lo que ellos quieren hacer y decir. Es mi pelea. Puede gustarte tomar parte en ella y apostar por otros destinos finales. Estas luchas van conformando nuestra visión interior con la lógica de la vida y nos ayudan a aceptar sus variaciones y a sobreponernos a lo que inicialmente nos parece irremediable.

Nuestra mente es el puente entre la realidad exterior y concreta y el espíritu interior e inasible que nos impulsa.

Nuevos vecinos

El 28 de mayo de 1958 Bety Millán cumplió nueve años. El año escolar estaba a unas pocas semanas de terminar. Después llegarían las vacaciones y, después de las vacaciones, todo comenzaría nuevamente y Bety vería de nuevo a sus amigas y todas estarían en el tercer grado y podrían jugar todos los días... ¡Parecía mucho tiempo!. En su barrio no vivía ninguna de las compañeras de su escuela, aunque esa escuela no estaba muy lejos.

La familia Millán vivía en un barrio obrero de 'T' la ciudad más grande de la región. Oscar, el padre, era técnico en metalistería y tenía su taller en un local arrendado que estaba a cinco cuadras de su casa, también arrendada. Con sus ingresos pagaba los arriendos, sostenía a su familia y se daban el lujo de tener a Bety en una escuela privada, según su decisión conjunta de hacer cuanto estuviera de su parte para garantizar un futuro mejor a la niña. Su esposa Lilia, además de atender su casa y cuidar del pequeño Andrés, cinco años menor que Bety, preparaba empanadas y tamales que vendía en las dos tiendas del barrio. Con esas ganancias ella completaba para comprar la ropa de los niños cuando ya no era posible que usaran la anterior por el desgaste y por el crecimiento, y para celebrar el cumpleaños de ambos con una fiesta a la cual invitaban a los primos y a los vecinos de la cuadra.

El día 2 de julio de ese mismo año, en plenas vacaciones, Bety vio un camión que se estacionó en la cuadra siguiente, frente a una casa que llevaba mucho tiempo desocupada. De él bajaron una pareja y una niña. Mientras el papá ensayaba

llaves para abrir la puerta, la niña vio a Bety y le hizo una señal amistosa con la mano. La mamá de esa niña miró también hacia Bety y se interpuso entre las dos pequeñas, dando la espalda a Bety, mientras empujaba a su hija para que entrara en la casa. Bety no pudo verla más porque la señora cerró la puerta con un gesto de mal humor.

Los nuevos vecinos tardaron poco en bajar sus pertenencias y el camión salió del barrio en cuanto el conductor terminó su trabajo.

Esa noche Bety preguntó a sus papás si ella podía ser amiga de la nueva niña vecina, porque la señora la hizo entrar sin dejarla ni siquiera saludar. Los papás se interesaron en el relato de Bety. Al final Oscar dijo que era mejor esperar un poco. Él preguntaría a don Ramón, el dueño de esa casa, para saber algo de sus nuevos arrendatarios.

Lilia sentía un poco de desconfianza. "¿Por qué impedir que dos niñas se saluden?" Oscar le dijo que mejor no hacer suposiciones. Por la mañana buscaría alguna información sin demostrar demasiada curiosidad.

— Una cosa está clara, —dijo Oscar a su mujer después de que la niña se fue contenta a dormir—, deben ser muy pobres, porque esa casa está en muy mal estado y casi no es habitable. Necesita muchos arreglos. Además no trajeron más muebles que una mesa, un par de bancos, y... ojalá una cama. Pero ésa no la vi cuando yo venía y caminé a lo largo del camión, por el otro lado de la calle.

Al día siguiente Oscar salió temprano y pasó por la tienda para comprar el periódico y escuchar los comentarios que pudieran darse...

Lo distrajo la voz del propio don Ramón que hablaba con la señora:

— Sí, doña Concha, arrendé la casa así, sin arreglar nada de todos los problemas que tiene. Ese señor tenía mucha urgencia... me pareció un poco como perdido...

—Y, ¿cómo supo él que usted tenía esa casa desocupada? preguntó doña Concha.

—Pues porque hace dos días me visitó un viejo amigo a quien yo no había vuelto a ver..., por lo menos en los últimos diez años, para preguntarme si todavía tenía el negocio de arrendar casas de bajo precio. Yo le conté que solamente me quedaba ésa, que era imposible de arrendar sin arreglarle aunque fuera lo más necesario, pero que sin dinero ni eso podía hacerle. Él me pidió que se la arrendara a él así como estaba, para una familia que acababa de quedar en la ruina. Con él, con mi amigo, hice el negocio, pero las llaves se las entregué ayer temprano al señor Juan Pérez, que así se llama el arrendatario, quien volvió por la tarde con trasteo y familia para vivir en ella...—Don Ramón hizo una pausa y continuó:

—Anoche fui a saludarlos y hablamos en la puerta. Comprendí que no quería que mirara hacia adentro. Él me dijo que él mismo podía comenzar a arreglarla pero que no tenía con qué comprar los materiales. Hablamos muy poco..., en ese rato el hombre me agradó: lo vi tranquilo y como resignado; me dijo que su esposa estaba desesperada. Hablamos de conseguir materiales de segunda... y eso es lo que haremos. Quedé de buscarlo hoy a las diez.

Oscar se acercó a don Ramón en cuanto la señora Concha se volvió para atender a otros clientes que llegaban. En voz

relativamente baja lo saludó y le ofreció su colaboración. Ambos se despidieron de la tendera y salieron.

Naturalmente, como si se hubieran puesto de acuerdo, entraron a la cafetería de esa cuadra. Don Ramón inició:

— Pues mi querido Oscar, no sé si me estoy metiendo en problemas pero ese hombre tiene algo como muy inocente a pesar de que, según dicen, en quince años acabó con la fortuna realmente grande que heredó a la muerte del padre. Es el tema en todo el sector de los bancos y de los negocios de ganado de T. De algún modo siento que él no puede ser tan culpable como dicen.

Oscar le contó a don Ramón lo que Bety había comentado y la actitud desconfiada de Lilia. Con ese precedente, acordaron que don Ramón iría solo a saludar. Luego saldría con Pérez o acordarían una cita en el taller de Oscar, para evitar de momento que la señora Pérez identificara a su vecino, hasta que tuvieran una idea clara de lo que podría ser más conveniente para todos.

Oscar volvió a su casa a informar a Lilia del plan y salió para el taller. Don Ramón llegó solo, pocos minutos después. Al entrar, solamente comentó que el hombre llegaría una hora más tarde.

Se sentaron a conversar y durante ese rato don Ramón le contó todo lo que su viejo amigo, un abogado en retiro que era quien pagaba el arriendo, le había confiado al respecto, y de lo que nadie debía saber nada, para evitar más problemas al arruinado Juan Pérez.

Oscar supo que el nombre completo del hombre en cuestión era Juan Dionisio Pérez López, que era hijo único del

hacendado don Dionisio Pérez Salgado y Rosa López, pero que había crecido como hijo de José Pérez y Rosa López, unos campesinos casados que vivían en la finca de don Dionisio. Que Juan Dionisio había llamado siempre "don Dionisio" a su padre y "papá" a José.

Además, el señor Pérez le había contado a don Ramón los hechos más relevantes de su vida adulta:

A los dieciocho años, Juan Dionisio Pérez López se fue al Ejército a prestar el Servicio Militar Obligatorio de dos años. Cuando faltaban tres meses para terminar, recibió la noticia de la muerte trágica de su papá José y de don Dionisio, en un asalto de ladrones de ganado cuando transportaban un lote grande de novillos para vender. El ejército le concedió un permiso de un mes para acompañar a su madre y dejarla ubicada con algunos parientes en 'R'. Hecho esto, regresó al cuartel a terminar el Servicio y recibir su certificado, después de lo cual volvió a R para reorganizar su vida junto con su madre viuda.

Después de finalizado el servicio militar, Juan Dionisio y su madre vivieron dos meses en R, en la casa de Elvira López, hermana mayor de la madre de Juan Dionisio y también viuda, mientras esperaban alguna noticia respecto de lo que había quedado sin pagar a José por el período final de su trabajo en la hacienda de don Dionisio. Durante esos dos meses Juan Dionisio trabajó a destajo en lo que pudo conseguir y con ello pagó parte del arriendo y de la alimentación que debían a su tía.

Un día, finalmente Juan Dionisio recibió una carta dirigida a él, proveniente de un abogado de don Dionisio, solicitando su presencia en el despacho de la ciudad T.

Su madre prefirió quedarse en R y despidió a su hijo con la esperanza de que el pago que sin duda recibiría, les alcanzara para instalarse independientemente, de ser posible en C, el pueblo de José y de ella.

.....

Oscar Millán quedó pensativo después de escuchar el relato de don Ramón en relación con la historia de su nuevo vecino. Al igual que su hija, él también deseaba un nuevo amigo y se propuso lograrlo en la persona de Juan.

En ese momento el propio Juan Pérez llegó a la puerta del taller.

.....

Dos familias Pérez

José Pérez y Marina López se casaron en el año 1927, en un pueblo de la cordillera al cual llamaremos 'C'. Ambos eran jóvenes trabajadores campesinos, nacidos en C. José por entonces era un hombre de treinta y dos años, fuerte y muy hábil en el trabajo de la tierra. La agricultura era la principal ocupación de su padre y José había aprendido a su lado todo lo relacionado con siembras en los terrenos próximos a su vivienda. También sabía algo de manejo de ganado, saber derivado de la práctica con las dos vacas de la familia y sus terneros. De letras José sabía muy poco: medio deletreaba palabras comunes y escasamente escribía su nombre a modo de firma. Marina, en cambio, había cursado los cinco años de la escuela primaria, leía bien, podía escribir un mensaje corto y sencillo pero, sobre todo, sabía anotar datos y hacer cuentas.

Una vez casados, José y Marina deseaban encontrar un trabajo estable en una finca grande, en donde les asignaran una vivienda como parte del contrato. Mientras, ellos trabajaban a destajo en labores variadas y vivían en la casa de los padres de José, de quienes él era el único y esperado hijo, que había llegado como por milagro después de doce años de matrimonio. Marina, en cambio, tenía una hermana mayor casada y tres hermanos menores, de manera que sus padres aceptaron sin objeción alguna la decisión de la nueva pareja de vivir con los suegros de su hija mientras se independizaban.

José y Marina, al igual que sus antepasados por ambos lados, eran católicos bautizados y fieles cumplidores de los mandatos de la Santa Madre Iglesia.

.....

Por otro lado y sin ningún nexo con los anteriores, don Dionisio Pérez Salgado era por ese tiempo el dueño de una hacienda ganadera llamada "Los Novillos", ubicada en 'D', un municipio de clima cálido relativamente cercano a C. En contraste con los hechos de la familia de José Pérez, no fue tarea fácil para el narrador de esta historia hacer el seguimiento de unos pocos pasos hacia atrás en la línea familiar de don Dionisio. Los datos recuperados en diversos fragmentos de historias orales de distintas fuentes son estos:

En un lugar de clima frío que aún no se ha podido identificar completamente, en un rancho medio derruido ubicado lejos de los caminos veredales, hacia el año 1880 vivía con su hijo una mujer joven y pobre que, aunque llena de mugre, tenía un rostro y sobre todo una manera de mirar y de hablar que denotaban la procedencia de una familia educada.

Muy seguramente la madre joven cuyo nombre ignoramos absolutamente, había huido de su hogar, sin dejar señas ni explicaciones, como sucedía con gran frecuencia en las familias tradicionales de las clases media y alta de las ciudades, cuando una jovencita cometía 'el error' y quedaba embarazada.

Domingo, el niño, lucía tan sucio y famélico como su madre. Ellos se alimentaban de papas y cebollas que la mujer recogía en los campos cercanos, después de terminadas las cosechas, y las guardaba cuidadosamente en un rincón para tener algo que comer durante el tiempo en el cual no había trabajos ni productos del campo que pudiera tomar.

El lugar permanentemente habitado más próximo al rancho donde vivían Domingo y su madre, era una posada para arrieros. Allá, con el dinero que ganaba por ayudas ocasionales en el aseo del establecimiento, ella podía comprar fósforos y una que otra vez un par de huevos y algo de pan. A veces, después del paso de un grupo de arrieros que sacrificaban un novillo demasiado agotado como para continuar hasta el lugar de destino, la dueña le regalaba huesos frescos para que preparara sopa un poco más nutritiva.

Domingo tenía diez años cuando comenzó a sentir mucha curiosidad por la vida de los arrieros que de vez en cuando veía en la posada. Un día le dijo a su madre que él quería ser arriero y que, si ellos lo aceptaban, se iría cuando pasaran de regreso. La madre estuvo de acuerdo. Si su hijo se ganaba el sustento, ella podría irse a buscar un trabajo decente, quizá en la misma posada o, mejor aún, en el pueblo.

Domingo se unió a los arrieros. Ayudaba en todo lo que le pedían. Encendía el fuego, cocinaba lo que ellos tuvieran o

consiguieran, y caminaba con ellos, siempre por caminos nuevos, de modo que pronto perdió completamente el sentido de orientación relativo al rancho de su madre; además estaba seguro de que ella ya no debía estar allá. Así que, sin más reparo, se acomodó a la vida de arriero, pero sin perder la curiosidad por las vidas de otras personas, por el tema del dinero y de comprar cosas, por los animales que a veces arriaban hasta un río donde los pasaban a la otra orilla en unos planchones...

Un día escuchó a alguien que, señalándolo a él, le preguntaba a Vicente –otro arriero con quien Domingo había hecho varios viajes– quién era ese muchacho, y Vicente le contestó, — ése es Domingo Pérez. Es mi primo.

Y Domingo pensó que lo de 'Pérez' y lo de 'primo' lo había inventado Vicente, pero le gustó y desde entonces su nombre fue 'Domingo Pérez'.

Pensando en el oficio de arriar terneros, se le ocurrió ahorrar para comprarse uno en la siguiente ocasión, cuando viera que los ricos compraban muchos; entonces se lo llevaría solo, dejándolo pastar en las orillas, hasta el siguiente mercado en donde lo pudiera vender. Así lo hizo. Ese viaje le tomó más tiempo, pero el ternero tratado de esa forma, caminando lentamente, comiendo bien en las orillas y bebiendo suficiente agua, ganó peso y dos semanas después de haberlo comprado, Domingo lo vendió por el doble de lo que le había costado. Esa primera lección autoaprendida no se le olvidaría nunca.

Pronto Domingo hizo suyo el hábito de intercalar viajes unido a algún grupo de arrieros, con viajes en solitario y únicamente con un animal propio, para darle tiempo de mejorar su aspecto y venderlo con ganancia en otro lugar.

Así pasaron velozmente más de cinco años en la vida de Domingo. Aprendió mucho sobre el ganado: sus plantas preferidas, su necesidad de agua, el asunto de la sal que siempre lamían en los mercados cuando la encontraban...

En un tiempo de sequía en la tierra fría, los terneros estaban muy baratos y Domingo, que para ese tiempo tenía más o menos dieciocho años, decidió comprar dos y salir hacia tierras más bajas, confiando en que por el camino encontrarían agua. Pero la sequía era general y los terneros estaban exhaustos al tercer día. Al atardecer, cuando iba a paso lento y con la boca reseca, Domingo vio que, desde detrás de una cerca, un hombre le hacía señas de que lo esperara; entonces se detuvo y el hombre se acercó:

— Hola, joven, entre, que yo tengo agua; porque no le amanecen los animalitos si no beben.

Domingo estaba pensando que tendría que sacrificar uno de los terneros para tomarse la sangre, porque él mismo se moría de sed, de modo que enseguida entró. Pidiéndole esperar un momento, el granjero se alejó y muy pronto estuvo de vuelta con un balde de agua y un vaso. Los terneros bebieron en el balde y Domingo en el vaso. El hombre trajo otro tanto de agua. Después se fueron todos hacia el interior de la pequeña propiedad.

El granjero se presentó como Aristóbulo Salgado. Le dijo a Domingo que si quería trabajar, él podía darle trabajo, techo, comida y paga puntual. Y Domingo se quedó. Esa misma noche, en un lugar abrigado, sobre una cama de paja seca y suave se fue quedando dormido, después de haber comido jamón con pan que el señor Salgado le ofreció y de haber decidido darse una historia personal para la cual eligió y

grabó en su memoria que él había nacido el 7 de marzo de 1870, en un pueblo de tierra muy fría que nunca conoció porque vivió en el monte, con su madre, hasta que se volvió arriero, a los diez años. De modo que en esa fecha de su contratación actual, él tenía casi diecinueve años.

Al amanecer escuchó una voz de mujer que lo llamaba desde afuera:

— Joven, ¡venga a desayunar!

Domingo se sacudió. Con las manos trató de mejorar su pelo enmarañado y salió del lugar.

Entonces se conocieron Domingo Pérez y Ana Elvia Salgado.

Ana Elvia, de diecisiete años, era una joven bonita y sonriente. Domingo, recordando las enseñanzas de su madre, no tuvo ninguna dificultad para asumir una posición respetuosa y agradecida. Tomó el desayuno de caldo con huevos que le sirvieron y, mientras lo hacía, iba contestando a las preguntas de la señorita Salgado. Al final ella lo condujo para mostrarle la pesebrera donde su padre lo esperaba.

A Ana Elvia la conmovió el saber que Domingo no había ido nunca a la escuela ni había aprendido a leer, y que tampoco estaba bautizado ni sabía nada de la fe cristiana. Pero todo eso se solucionaría si él lo deseaba, y así se lo manifestó. Domingo no tuvo ninguna duda respecto de leer y escribir y hacer cuentas, y aceptó también lo de aprender el Catecismo, aunque no comprendió del todo de qué se trataba exactamente. Pero ya vería de cerca el asunto.

Con don Aristóbulo, el aprendizaje de trabajar con reses en el campo fue veloz. Sus conocimientos a partir del oficio de arriero se complementaron al observar los toros, al aprender a

ordeñar las vacas, al surtir el agua y la sal y rotar los espacios para pastar. Realmente se vio a sí mismo como ganadero y así lo manifestó abiertamente.

Y, además, como era de esperarse, se enamoró. A la heredera de don Aristóbulo le pasó lo mismo. El amor ayudó mucho a Domingo en el aprendizaje y en la voluntad de ser un buen cristiano.

Con todos los hechos y las voluntades a favor, Domingo Pérez y Ana Elvia Salgado se casaron un año después de esa tarde en la cual el novio llegó moribundo, arreando dos terneros también moribundos, a las puertas de la pequeña finca llamada "Los Novillos."

El día 9 de octubre del año 1892 nació el hijo varón del matrimonio Pérez Salgado, a quien sus padres bautizaron con el nombre de Dionisio, en honor del santo del día.

El abuelo Aristóbulo y el padre Domingo hicieron prosperar la finca que heredaría Dionisio hasta convertirla en la "Hacienda ganadera Los Novillos", gracias a la anexión de lotes cercanos que fueron comprando y del manejo programado del levante de reses y adecuación de la tierra para la producción de pastos y forrajes.

La madre murió cuando Dionisio tenía doce años. Después de esa pérdida, el joven fue enviado por su padre a la ciudad para educarse. Regresó a los dieciséis años para acompañar a su padre y enfrentar el manejo de la hacienda. Domingo Pérez, el padre, murió al año siguiente. Dionisio se convirtió entonces en "Don Dionisio Pérez Salgado", dueño de la Hacienda Los Novillos, y se quedó a vivir en ella.

Don Dionisio no tenía hermanos ni se le conocían parientes. A los veinte años se casó con una joven educada y rica. Vivieron nueve años juntos. Tras un viaje por tierras selváticas e insalubres, ella enfermó de malaria y murió de fiebres seis meses después del regreso, sin dejar hijos. Él continuó solo dirigiendo la marcha de la propiedad.

Una relación laboral

Con ocasión de una venta de ganado, José Pérez, el campesino de C, fue contratado junto con otros cinco hombres jóvenes por el capataz de don Dionisio Pérez, el hacendado de D, para llevar un lote de reses a un mercado grande.

En ese mercado José tuvo oportunidad de ayudar de cerca a don Dionisio y éste tomó nota de la fuerza y pericia de su ayudante. De ahí resultó que, al regresar, José fue llamado ante el dueño de la hacienda y contratado como viviente para la atención del sector dedicado al levante de los terneros. Su esposa Marina viviría con él en la casa que correspondía a ese encargo y podría participar ocasionalmente en trabajos a su alcance, recibiendo el pago correspondiente según el caso.

Así fue como el matrimonio Pérez López se instaló en la finca Los Novillos de propiedad de don Dionisio Pérez Salgado, en las condiciones que la pareja había imaginado como las más deseables.

Hacia el final del segundo año al servicio de don Dionisio, José y Marina recibieron a su hijo primogénito.

Al día siguiente, José fue muy temprano a visitar a su patrón para comunicarle la importante noticia y para pedirle, según

habían acordado con su esposa, que los honrara aceptando ser el padrino de bautismo de 'Juan Dionisio.' Tal era el nombre que ellos habían elegido para su bebé.

Don Dionisio agradeció mucho y aceptó el honor que sus muy apreciados empleados le hacían al nombrarlo padrino. José iría al despacho parroquial para concretar todos los detalles con el sacerdote y le avisaría a don Dionisio cuando todo estuviera determinado.

Así, tres semanas después, la víspera del día señalado por el párroco, José llevó a la parroquia las tres partidas de bautismo de los adultos y el nombre elegido para el nuevo cristiano.

Al día siguiente se cumplió el sacramento y todos firmaron en el Libro de Bautismos, al lado de sus respectivos nombres escritos en letra de imprenta por el Secretario de la parroquia. Finalmente todos fueron avisados de que en el término de un mes podrían pedir copias de la partida correspondiente, documento único que actuaría como identificación oficial del bautizado a lo largo de toda su vida.

Como única salvedad derivada del hecho, don Dionisio pidió a los padres de su ahijado y, recíprocamente, él también se comprometió a abstenerse de llamarse mutuamente 'compadres', para evitar situaciones de poca simpatía por parte de algunos empleados más antiguos a quienes él no había aceptado la solicitud de apadrinamiento de sus hijos.

Así, el trato mutuo entre el patrón y sus empleados siguió siendo el mismo que existía con anterioridad al evento parroquial. En cuanto el niño fue creciendo, don Dionisio lo llamaba con el apelativo de "tocayo" y el niño aprendió a llamarlo "tío" o "don Dionisio" imitando en esto a su padre.

El heredero

Juan Dionisio creció absolutamente como un niño campesino. En su momento entró a la escuela rural más cercana y fue siempre buen estudiante. A los quince años comenzó a ayudar a su padre en las faenas ganaderas. Había heredado la fuerza de José y el buen sentido de Marina.

Cuando cumplió los dieciocho, fue reclutado para el servicio militar que duraría dos años. En el informe del examen físico que le hicieron antes de entrar, anotaron los nombres de sus padres y de él mismo copiados directamente de la Partida de Bautismo y, al final, bajo un título de "señas particulares" y como dato hasta entonces desconocido para él, escribieron: *"lunar de medio centímetro de diámetro en la espalda, del lado izquierdo."*

Pocos meses antes de la finalización del servicio, Juan Dionisio recibió la noticia de la muerte violenta de su padre y de su tío. Le fue concedido un mes para visitar a su madre. Después de dejarla en R, volvió al cuartel para terminar su compromiso militar, cumplido lo cual regresó junto a ella.

Marina había llevado, desde el inicio de su vida en la hacienda Los Novillos, un registro cuidadoso de todos los dineros que su esposo le entregaba y de las sumas que él iba recibiendo. La última correspondía al fin de mes anterior al viaje fatal. En consecuencia, debía ser poco lo que la hacienda les adeudaba, de modo que no eran muy grandes sus esperanzas por el lado de sueldos de José; pero ella pensaba que podría haber algo de don Dionisio a favor de su ahijado, a quien él había demostrado cariño durante todo el tiempo de la joven vida.

.....

Al día siguiente de recibir la carta del abogado Alberto Angulo, Juan Dionisio salió de mañana con destino a T. Llevaba su certificado del Servicio Militar, los papeles de su padre y de su madre, junto con el resumen de las cuentas y pagos recibidos.

El ambiente de la antesala del abogado le recordó a Juan Dionisio su espera anterior al ingreso en el Servicio Militar. Revivieron en él los sentimientos de tal momento: muchas preguntas en su cabeza, muchos temores y expectativas, cierta debilidad en las piernas... Por suerte reaccionó, recordó que todo eso había pasado y era historia vivida que había pasado sin dejarlo maltrecho ni fracasado. Ahora la cuestión era totalmente diferente, completamente objetiva y ajena a él mismo en cuanto a su persona. Se trataba de la historia de su padre, quien había servido fielmente por veintiún años a su patrón y había muerto en el trabajo, y que seguramente por tal hecho habrían destinado una suma final para compensar de alguna manera a su madre.

Luego recordó los consejos que su tío le había dado antes de la fecha en la cual él salió para el ejército y que le habían servido muchas veces:

- Esperar siempre a que hable quien lo ha mandado llamar.
- Contestar con la verdad y de la manera más sencilla posible.
- No expresar sentimientos ni emociones. Concentrarse en permanecer sereno y comprender lo que le dicen.
- Pensar antes de hablar, y hablar el mínimo posible.
- Guardar la compostura y actuar siempre con educación y gentileza.

Finalmente se abrió la puerta del despacho y el propio abogado salió para llamar a Juan Dionisio Pérez López. El aludido se adelantó y saludó cortésmente. El abogado contestó el saludo e hizo entrar a su cliente y tomar asiento frente a él, del otro lado del escritorio.

Sin demoras innecesarias, el abogado leyó lo que había sido presentado ante las autoridades gubernamentales y aprobado por ellas:

1. Reconocimiento de Juan Dionisio Pérez López como hijo y heredero único de Dionisio Pérez Salgado.
2. En consecuencia de lo anterior, se le reconocía legalmente como propietario de la hacienda Los Novillos, ubicada en predios del municipio D, y de todos los bienes muebles e inmuebles en ella contenidos. Además debían transferirse a sus órdenes las cuentas bancarias del finado.
3. Todo lo adeudado a empleados y proveedores se encontraba listo para pagar en los días siguientes a la firma de conformidad, por parte del heredero.
4. El abogado se ponía a disposición del nuevo propietario, si éste deseaba sus servicios, o, en caso contrario, una vez recibido su pago haría entrega de su puesto.

.....

Al final de la lectura, Juan Dionisio permaneció mudo durante varios minutos. Finalmente dijo al abogado:

—Abogado Angulo: estoy muy asombrado. Antes de nada quiero saber si existe alguna persona de la familia de mi padre a quien yo pueda encontrar en alguna parte. No conozco a nadie.

—Pues joven, este despacho hizo muchas pesquisas, muchos llamados a través de los periódicos locales, regionales y nacionales, y nadie se ha presentado en todos los seis meses que hemos esperado. Lo único absolutamente claro es que usted es su único hijo, —contestó el abogado.

Juan Dionisio entonces entró de lleno en la comprensión total del asunto y conservó la serenidad mientras expresaba su acuerdo con todo lo leído. En particular, con lo que se refería a pagar a quienes se debían dineros. El abogado, inmediatamente le presentó la relación de tales transacciones y Juan Dionisio firmó. Enseguida pidió al abogado que continuara en su puesto al menos por seis meses, al final de los cuales hablarían al respecto. Él desconocía totalmente los asuntos financieros y mercantiles y necesitaba su ayuda.

Mientras el abogado buscaba su propia cuenta, Juan Dionisio le preguntó por qué estaba tan seguro de que él era el único heredero.

— Pues por la partida de Bautismo de usted. La descubrimos hace poco, señor Pérez. En ella firma don Dionisio como padre del bautizado. Ese documento es irrefutable y se encuentra sin ninguna alteración en el libro de Bautismos del despacho parroquial de D, —fue la contundente respuesta de Angulo.

A continuación el abogado aceptó su cargo. Pidió a Juan Dionisio que firmara el contrato y comenzó a ejercer sus funciones llevándolo al banco para que fueran transferidas las cuentas a su nombre. Juan Dionisio aprovechó para sacar una cantidad de dinero que llevaría su madre, equivalente a dos meses de salario de su padre, José, y además abrió una cuenta a nombre de ella y pidió al abogado que en esa cuenta fueran

consignados los dineros que correspondieran al esposo de ella, José Pérez, muerto en el mismo ataque que terminó con la vida de Dionisio Pérez Salgado. Avisó en el banco que dos semanas después vendría con ella para que registrara su firma.

El abogado quedó sorprendido de la madurez del joven heredero y de lo que adivinaba que había sido su vida y juventud. Concluyó para sí mismo que don Dionisio había entregado su hijo recién nacido a la pareja de empleados suyos, José Pérez y Marina López, para que lo criaran y educaran como propio, lo cual había resultado ser una muy acertada decisión.

Juan Dionisio agradeció al abogado Angulo, prometiendo visitarlo pronto. En su corazón agradeció de nuevo a su tío Dionisio por los grandes y sabios consejos que le dio cuando iba para el Servicio Militar. Luego, cansado como estaba, decidió pasar la noche en una posada para madrugar y viajar primero a D, donde revisaría el Libro de Bautismos de la parroquia y pediría una copia de su propia partida. Después seguiría hasta R para llevarle la buena noticia a su madre.

Así, en ese viaje solitario, Juan Dionisio se veía a sí mismo, por muy diferentes razones, como el único Pérez, miembro vivo de las dos familias Pérez con las cuales comienza esta historia.

Su Partida de Bautismo, cuya copia obtuvo en D, le aclaró todo: simplemente el Secretario de la parroquia había escrito los nombres del padre y del padrino en los lugares equivocados y ellos habían firmado sin darse cuenta del error.

Él mismo tampoco se había dado cuenta cuando obtuvo una copia para llevarla al ejército, ni tomó nota de que las autoridades del ejército repetían el mismo error al escribirlos

en su libreta. Total: esos datos no los podría eliminar de su identidad porque, salvo su madre, nadie podría dar fe del error cometido, y en cuanto a ella... él prefería evitarle ese asunto difícil. Entonces: ¡Nada qué hacer!...

Guardó su copia y siguió sonriente su camino a R, a contarle a su madre que su padrino lo había nombrado a él, Juan Dionisio, como su heredero único.

Esa noche, después de pedirle a la madre que le contara exactamente cómo había sido para que don Dionisio fuera su padrino, como una curiosidad infantil le preguntó si él se parecía especialmente a su padre.

Cuando ella le dijo que su padre y él eran muy parecidos en el físico, en la fuerza, en el tamaño y forma de las manos y en la manera de trabajar con ellas, y que, además, los dos tenían un lunar igualito en la espalda, del lado izquierdo, entonces, sin dudar ni un instante, él repitió la razón que traía preparada de que su padrino lo había designado voluntariamente a él, su ahijado, como único heredero.

Este tema estaba en total consonancia con los sueños de la madre y la hizo bendecir a Dios y pedir por los muertos cercanos. Luego madre e hijo decidieron no hablar de la herencia ni a la tía ni a nadie. Por la mañana, como resultado del pago recibido, recompensaron generosamente a Elvira todo lo que había hecho por ellos y se despidieron con mucho afecto, prometiendo avisarle en dónde se ubicarían para continuar con su vida.

.....

Amistad y trabajo

Oscar se acercó a la puerta para recibir al señor Pérez.

— Buenos días, señor Pérez. Siga por favor!

— Buenos días... —comenzó el recién llegado, y se quedó dudando.

— Oscar Millán, ¡a sus órdenes! —dijo Oscar. Se estrecharon la mano y los dos se miraron y sonrieron a la vez.

— ¡Ah...! Juan. ¡Dígame Juan, por favor!—, expresó el señor Pérez en un tono cordial y de completa igualdad.

— Hola, Juan. Yo soy Oscar—, contestó el aludido. Entonces brotó la confianza y comenzó la amistad. El primero en hablar fue Oscar:

— Ayer vi que llegaron . Quise acercarme pero me dí cuenta de que tu señora había cerrado la puerta con firmeza y me abstuve.

— Sí. Mi mujer está muy desesperada. Esta situación la tiene loca. Lo peor es que yo no pude hacer nada —contestó Juan. Luego, como abandonando toda preocupación, dijo:

— En medio de todo, me alivia que las cosas no puedan ser peores. Así lucharemos limpiamente por sobrevivir.

— Entonces, ¿qué quieres arreglar primero? —preguntó Oscar.

— Pues los asuntos del agua, porque sin ella no se puede vivir: el agua limpia, el agua sucia, el agua de la lluvia,... creo que es lo fundamental.

— Estoy de acuerdo. Pero antes de comenzar quiero proponer un método de intercambio de ideas que puede servirnos bien...

—viendo que Juan escuchaba con mucha atención, Oscar continuó:

— Lo cierto es que yo vivo a tres casas de la tuya. Sin embargo, me parece prudente que nos encontremos aquí para buscar los materiales y tomar las decisiones, y después yo llego solo a trabajar, como si me hubieras contratado..., sé algo de eso. He visto señoras que cuando están nerviosas no soportan que sus maridos sean amigos de quienes hacen trabajos en la casa.

— Me parece un gran plan. Gracias por la idea —contestó Juan.

— Comencemos por buscar un recipiente apropiado para almacenar el agua limpia. ¿Te parece? —preguntó Oscar y fue saliendo para dar una primera vuelta por los alrededores, donde trabajaban numerosos técnicos de diferentes ramas y en cuyas dependencias era posible encontrar cosas usadas que, con algunas modificaciones, podrían servir muy bien.

Pronto encontraron el tanque apropiado: una caneca que contenía arena sobrante de alguna obra. Oscar la compró por poco dinero a quien la vendía. Habló de revisarla para sellar posibles escapes, darle una pintura apropiada por el interior para que ayudara a conservar el agua sin óxido, y llevarla al atardecer a la casa y colocarla de modo que se llenara durante la noche con agua del acueducto.

Al mediodía Oscar le preguntó a Juan si tenían algo de mercado. Juan contestó que creía que todavía quedaba algo de lo que pudieron sacar. Que todo había sido muy precipitado.

Ante la cara de interés y preocupación que observó en Oscar, Juan se relajó y resumió su situación:

— Fue el maldito juego de mi suegro el que acabó con la herencia de dos generaciones que yo recibí hace quince años. La gente piensa que el dilapidador fui yo porque no tuve ninguna idea de cómo luchar contra eso. Y, sí... tal vez por eso fue mi culpa, pero te juro que yo no estaba preparado. Ahora, en cuanto a mí, ni me importa... pero... nuestra hija... ¡sólo tiene nueve años, la pobrecita..!

— Y tú ¿qué puedes hacer para ganarte la vida? —preguntó Oscar.

— Yo soy campesino y sé trabajar el campo. Lo malo es que mi esposa no quiere oír nada de eso. Ella es absolutamente citadina. Necesita tener amigas citadinas y vestirse a la moda y lucir a su hija igualmente citadina —fue la respuesta de Juan.

— Yo también tengo una hija de nueve años y fue ella quien primero se interesó por ustedes. Piensa que tendrá una amiga cercana con quien jugar —expresó Oscar sonriendo pensativamente.

— Dile que toca esperar unos días. Que la mamá de Rosita está muy nerviosa y por el momento no quiere conocer a nadie nuevo. —Y terminó afirmando rotundamente Juan:

— Pero ¡tiene que ser posible! ¡Claro que sí!

Oscar se paró para mirar la caneca a trasluz y estar seguro de que no tuviera fugas antes de proceder a pintarla. Mientras batía la pintura, guardó silencio por si Juan quería tocar algún tema especial; pero visto que él también permanecía callado, Oscar habló de la escuela privada a la cual asistía Bety y de que, estando tan cerca, también podría servirles a ellos. Juan se interesó mucho, tomó nota del nombre y la dirección, y

acordaron no hablar del asunto como conocido de ambos. Que la señora de Pérez hiciera las diligencias personalmente.

Oscar habló de los costos de la escuela y Juan le contó que para eso él tenía una fuente intocable: su madre, antes de morir, le había dejado a su nieta todo lo que poseía, haciendo énfasis en el tema de la educación. Los haberes heredados consistían en una casa pequeña con cuyo alquiler se pagaba la escuela básica, y un depósito bancario para la universidad. Antes de que la niña cumpliera los veintiún años no se podían modificar esas condiciones... Se quedó pensativo y una sombra pasó por sus ojos...

—Lo malo es que los arrendatarios se van el próximo mes... y yo no he dejado saber ni a mi mujer ni mucho menos a su padre que esa casa existe. El pago de la escuela sale supuestamente de trabajos extras que yo hago...

Oscar pensaba mientras su amigo hablaba. Al final preguntó:

— Y, ¿dónde queda esa casa?

— Bastante cerca. Creo que son unas tres o cuatro cuadras por el lado sur de la escuela que frecuenta tu hija.

Oscar entonces expresó todo su pensamiento:

— Pues arriéndame a mí la casa de tu madre y pásate a la que yo tengo, que también es de don Ramón. Así las niñas serán libres para ser amigas en su escuela y tu esposa se sentirá tranquila.

Juan se rió por primera vez. Una risa alegre y sincera.

— ¿De veras? —preguntó.

— Claro que de veras. Desde el comienzo de este año nos propusimos buscar una casa en otro barrio. Sobre todo por el tema de amigas para Bety —contestó Oscar.

— Entonces, ¡es un hecho!—, concluyó Juan.

— Vamos a hablar con don Ramón, pero como no nos podemos cambiar ahora mismo, dejemos arreglado el tema del agua en tu casa actual —añadió Oscar.

— Antes de don Ramón, busquemos a mi amigo, el que me consiguió la casa, y le contamos —dijo Juan, y ambos salieron.

Quince días después los Millán se trastearon y una semana más tarde Juan Pérez y su familia hicieron lo propio. Bety y Rosita se reconocieron en la escuela y se convirtieron en muy buenas amigas.

En resumen, los hechos ocurridos durante los dos meses siguientes a la declaración de ruina total del hacendado Juan Dionisio Pérez López, desembocaron para el arruinado en un período de pobreza y tranquilidad. En esos días decidió cambiar oficialmente su nombre de pila y registrarse como 'Juan José Pérez López' para el futuro. Ya no sería más el hijo de un rico hacendado, sino que retomaba su lugar de campesino, hijo de campesinos, aunque un poco perdido en la ciudad. Pero eso también trataría de resolverlo según se fuera haciendo posible.

El abogado Angulo había sido el ángel protector detrás de las variaciones en la vida de Juan Dionisio. Juan le había contado, en cuanto pasaron los días de transición después del asunto de la herencia, todos los detalles del relato que su madre le hizo de cómo se habían dado los hechos en los días

de su nacimiento y de su bautismo, y de las conclusiones que él sacó al leer en el Libro de Bautismos y mirar las firmas de la partida correspondiente en el Despacho Parroquial, y también la 'marca' de familia en su espalda. Finalmente le contó la decisión consecuente y realizada de explicar a su madre la herencia de "Los Novillos" como voluntad expresa de su padrino de hacerlo su heredero, sin mencionar nada más.

Cuando comenzaron a aparecer las jóvenes en plan de conquista, y sobre todo ante la fatal atracción de Rosa Gil, el abogado le aconsejó, antes del matrimonio, que comprara para su madre una casa modesta en un buen sitio, y que efectuara depósitos regulares y moderados, como si se tratara de una pensión, en la cuenta bancaria de ella. El abogado sabía algo de la desmedida afición del señor Gil por el juego, pero nunca imaginó los extremos a los cuales llegaría después de que la hija hubo logrado el premio de ser llevada al altar como la señora del hacendado Pérez López.

En cuanto nació Rosita, el abogado habló de sus temores a Marina, la madre de Juan Dionisio, y le aconsejó escribir un testamento a favor de su nieta. Si llegaban hermanos de Rosita, se cambiaría el texto para incluirlos. Finalmente fue él mismo quien consiguió el arriendo de la casa de Don Ramón.

Cuando Juan llegó con Oscar Millán para hablarle del proyecto relativo a las casas, el abogado aceptó gustoso. Oscar le pareció perfecto como amigo cercano y prudente de su protegido. Él mismo habló con don Ramón y firmó el nuevo contrato de arrendamiento. En cuanto a la casa heredada por Rosita, Oscar pagaría cada mes el arriendo en efectivo, directamente a Juan.

Volver a las raíces

Juan José Pérez, 'El Arruinado', buscaba trabajo en el campo.

Habló claramente con su esposa y con Rosita, explicándoles que él siempre había vivido en el campo y que por años había trabajado con los obreros y empleados en todas las labores. Que fue después, cuando la hacienda ya producía lo suficiente, que él no volvió a trabajar como obrero sino que solamente dirigía todo. Pero que luego, debido a malos negocios, todo se había arruinado y ya no tenía sino su capacidad y conocimientos aprendidos de lo que había hecho en su juventud, y que iba a trabajar donde apareciera la oportunidad de hacerlo. Que ellas seguirían ahí, en la ciudad, y que él vendría a traer el dinero necesario y pasaría con ellas de ser posible todos los fines de semana. La esposa le dijo que hiciera como le pareciera; que ella diría que él administraba una finca muy importante y bastante alejada.

— Sí —contestó Juan—. Pero no olvides que ya no soy dueño de nada, así que toca conformarse con lo que me paguen. Yo pagaré el arriendo de esta casa y el estudio de Rosita, y te dejaré para el mercado y demás cosas todo lo que me sea posible. Tú tratarás de hacer el mejor uso de los recursos que yo pueda procurarte para las dos.

La señora Pérez contestó con pocos ánimos:

— Pues ahí veremos...

Rosita corrió a abrazar a su papá y a prometerle que estudiaría con mucho juicio. Juan le dio un beso y le dijo que cuando hablara con Dios antes de dormirse le pidiera que los ayudara

a todos. Que Él siempre atendía las oraciones de las niñas que trataban de hacer bien las cosas de cada día.

Rosa, la madre, había escuchado con cierto interés el consejo de Juan a la niña. De su cuenta añadió:

— Eso es de verdad importante. No olvides el consejo que tu padre te acaba de dar. Te podrá servir mucho en tu vida.

A Juan no le pasó desapercibida la actitud positiva de Rosa. Era la primera vez después de mucho tiempo.

Eran variados los trabajos temporales que conseguía Juan José Pérez. De todos, los que tenían que ver con siembras fueron ganando su afición especial. Como había visto hacer a su madre en el manejo de las finanzas familiares, él empezó a seguir el mismo modelo en los aspectos de las siembras, anotando cuidadosamente los detalles de cada una: obtención de las semillas, preparación de la tierra, abonos, fechas de siembra, de brotes, de floración y de cosecha. También anotaba la cantidad de plantas y los datos de crecimiento, lluvias y sequías... y poco a poco se fue convirtiendo en un experto.

Entonces comenzó a detectar e interesarse por los campos baldíos en los que nada se producía. Tomaba nota y preguntaba sobre los dueños. Su interés iba orientado a tomar tierras en arriendo para pagarlo en cuanto vendiera la cosecha. Se hizo un activo agricultor en esas zonas alejadas de los lugares en los cuales se había movido cuando era el ganadero dueño y señor de la hacienda Los Novillos. Los dueños de lotes buscaban a Juan José Pérez para ofrecérselos en arriendo.

Así pasaron dos años. La esposa y la hija del agricultor Pérez estaban mucho mejor. Se habían habituado al barrio obrero y con los recursos que Juan les entregaba vivían cómodamente. Él retornaba los fines de semana, salvo en las épocas claves de siembra y cosecha. En sus días de ciudad, visitaba siempre a Oscar y, de vez en cuando, al abogado Angulo.

Un final apenas lógico

Un martes por la mañana, Oscar Millán llegó hasta la casa de los Pérez poco después de haber visto salir a la señora con la niña hacia la escuela. Entonces se acercó a la puerta y dejó apoyado contra ella un diario con una señal en el margen, al lado de la noticia: *"Encontrado sin vida el cuerpo de Norberto Gil"*. Después de cavilar uno o dos minutos y como resultado de recordar que la señora de Pérez lo había visto a él como un simple obrero que su esposo había contratado cuando llegaron, Oscar decidió alejarse del lugar.

Puesto que esa noticia del diario le concernía solamente a ella, sin duda en el momento de leerla preferiría estar sola a encontrarse con un extraño. De todos modos él consideraba muy importante que ella lo supiera ese mismo día, así que se retiró dejando el periódico.

Acto seguido, Oscar fue a la casa del abogado Angulo y le habló del asunto y de lo que él había hecho. El abogado consideró que fue una forma prudente de dar esa noticia y le prometió estar pendiente. Por la tarde, el abogado fue a buscar a don Ramón para conversar del caso con él.

— Pues esta mañana la señora me dejó un recado con doña Concha y yo fui a verla. Ella tenía el periódico en la mano y

me pidió consejo sobre lo que debería hacer, puesto que era la única pariente. Yo me ofrecí a acompañarla. Ella me agradeció pero no aceptó. En lugar de eso me pidió en préstamo, mientras regresaba su esposo, lo necesario para ir hoy y volver mañana después del entierro. Le dí el dinero. Ella me pidió entonces la dirección de Oscar Millán, porque quería pedirle a la esposa el favor de cuidar de su hija, quien es muy amiga de la niña Millán. Las acompañé y pude ver que la señora Lilia las recibió con gran voluntad y que las dos niñas se pusieron muy contentas. Luego la dejé en la estación y ella viajó sola.

Angulo estuvo muy admirado con el relato. Le recomendó a don Ramón que le avisara si tenía alguna noticia nueva al respecto.

Enseguida se sentó a leer el diario de la tarde, que anunciaba el sepelio del señor Gil para el día siguiente a las diez. En conclusión, según el periodista, el conocido jugador había muerto prácticamente de hambre después de una tremenda paliza que algún acreedor furibundo le dio y de la cual el deudor, ya muy débil y desnutrido desde antes, no tuvo fuerzas para levantarse. La paliza no había sido la causa directa de la muerte.

'Ojalá los jóvenes jugadores miren sus rostros en ese espejo y se aparten a tiempo... Mañana iré a esperar a la señora Pérez', se dijo mentalmente el abogado.

El viernes de esa misma semana, por la tarde, Juan José llegó a su casa. Encontró a su esposa con una expresión entre tranquila y cansada, pero triste; y a Rosita, positivamente contenta.

La niña fue la primera en hablar:

— Papi, mi mami tuvo que ir a un pueblo lejos al entierro de mi abuelo y me dejó en la casa de Bety. Lo pasamos muy felices.

Juan reaccionó con un fuerte movimiento de sorpresa y miró a Rosa. Entonces la abrazó. En ese momento recordó su propio regreso a casa de su madre después de la muerte de su padre. Rosa lloró un poco. Lo besó en la frente y le contó brevemente las ayudas que recibió. Desde la persona silenciosa y prudente que dejó el diario en la puerta; luego don Ramón, que le prestó el dinero para el viaje y se ofreció a acompañarla; la señora Millán, que sonriente y encantada aceptó cuidar a Rosita, y finalmente el abogado Angulo, quien la esperaba en la estación a su regreso.

Juan comprendió que su esposa se sentía aliviada de una carga difícil que traía sobre su espalda y de un temor permanente del cual no hablaba. Estaba tranquila de haber podido llegar a tiempo para despedir a su padre, quien finalmente descansaba después de haber agotado y perdido tristemente, en aras de su afición al juego, todos los recursos propios y ajenos que tuvo a su alcance.

Ella había asistido a su entierro, había puesto flores sobre su tumba y finalmente había elevado una oración por él.

Esa noche Juan y Rosa hablaron como nunca lo habían hecho. Ella habló de la gente del barrio como gente amistosa y tratable.

La pobreza, a sus ojos, había perdido su absoluta negatividad y tenía algo que ella no comprendía mucho, pero que era una fuerza que encerraba un secreto de libertad en relación con el exceso de compromisos que implica una vida adinerada...

Juan, por su lado, le contó su propia historia, incluida la ruta trazada por su Partida de Bautismo con los datos cruzados, así como la razón de su aceptación completa y serena de la ruina de la hacienda heredada, porque había aprendido que el trabajo era siempre el mejor camino para salir adelante.

Además le confirmó el cambio oficial de su nombre, lo cual le ahorra hablar de don Dionisio y la riqueza perdida, aunque realmente él le debía a su padrino las enseñanzas más valiosas sobre la vida frente a las situaciones difíciles.

A su padre José le debía el amor al trabajo del campo, la fuerza y la pericia para trabajar la tierra y manejar a los animales y la voluntad de ayudar a los demás.

De su madre aprendió el amor y la fidelidad a la familia, el gusto por el orden y el cuidado de todas las cosas, la observación y el aprendizaje de los procesos y el valor de anotar los hechos y los datos de forma que se puedan recuperar en el futuro.

Luego le habló de lo que andaba haciendo en tierras arrendadas y de los ahorros que iba separando para comprar algún día, con ella, un pedazo en donde pudieran construir una casa y cultivar... cerca de la ciudad para que Rosita pudiera prepararse y vivir, teniendo a su alcance la compañía de sus amigas y compañeros, a la vez que los programas de fiestas al aire libre y de paseos y días felices en el campo.

Ese sábado visitaron al abogado, a los Millán y a don Ramón, y los invitaron a todos a comer el domingo al mediodía en su casa.

Fue para todos una tarde inolvidable, marcada por sentimientos muy fuertes de cordialidad expresados a través

de conversaciones sobre temas diarios, historias variadas y divertidas, expresiones de amistad y afecto real. Rosita y Bety estuvieron especialmente felices.

Epílogo

Juan José Pérez vivió una vida larga. Vio crecer tres nietos y cinco bisnietos. En ella se fueron dando, paso a paso, avances y también demoras e incluso retrocesos, pero en total logró el cumplimiento de todas sus expectativas y constituyó un punto de apoyo para su familia, sus amigos, sus vecinos y colaboradores. Los Pérez Gil y sus descendientes no añoraron nunca las riquezas perdidas. Ellos lograron que la ruina económica fuera el punto de partida hacia un mayor crecimiento humano, como seres libres y esforzados.

*****Fin de "EL ARRUINADO" *****